

FÚTBOL Y PARENTESCO.

EL TÍO MATERNO Y LA TRANSMISIÓN DE LA IDENTIDAD

Gastón Julián Gil

*...tener a la madre anciana
virgen a la hermana...*

(Joan Manuel Serrat, La aristocracia del barrio)

NAVEGANDO ENTRE DIFICULTADES

Este ensayo no pretende establecer una rígida ley dentro de la estructura familiar de las sociedades rioplatenses. Constituye una búsqueda, quizás pretenciosa, de encontrar ciertos patrones de comportamiento familiar en la reproducción de las pasiones futbolísticas. Aspectos que, además de ocultarse detrás del sentido común del hincha, han sido abordados por la antropología social tangencialmente. En este marco, los aportes empíricos proporcionados por informantes sirven para ilustrar intentos explicativos presentados con carácter provisional y tentativo.

Este trabajo ha presentado una serie de complejidades manifiestas. En principio, el intento de determinar el lugar que posee el parentesco en la transmisión de las pasiones futbolísticas a través de las generaciones choca con serios problemas metodológicos, debido principalmente a la dificultad de justificar un patrón de comportamiento familiar referido al apasionamiento futbolístico. Por otra parte –y esto es típico de los estudios sociales del deporte- el sentido común del hincha indica que el club se lleva en la sangre y cualquier intento de racionalizar las pasiones se enfrenta con las respuestas típicas del ritual futbolístico y que tan bien plasmadas quedan en el difundido cántico:

...(Boca o River o Independiente) es un sentimiento no se explica, se lleva bien adentro...

Además, sostener una hipótesis que indica que el tío materno tiene en las sociedades rioplatenses un rol fundamental en la transmisión de la identidad futbolística, en oposición al padre del niño, puede sonar descabellada. Debe reconocerse que es una conjetura arriesgada que, planteada de manera superficial, puede llevar a un prejuicio desacreditador sobre el eventual éxito del trabajo¹. Aunque debe aclararse que cualquier estudio que tome por objeto al fútbol enseguida recoge estigmatizaciones por parte de una academia que en gran parte aún sigue considerando que la calidad de la investigación se mide por la valoración social del objeto de estudio.

Lo que sigue contiene la justificación del planteo esbozado más arriba. Se ha apelado a autores clásicos en materia de parentesco, ya que es en ellos donde se encuentran los conceptos más ricos. Las entrevistas –por no hablar de trabajo de campo– fueron desarrolladas en la ciudad de Mar del Plata, tanto en ámbitos familiares como en laborales, y en Buenos Aires. Los informantes han sido sujetos de entre 15 y 35 años con distintas ocupaciones y clases sociales, no por un intento de brindar una representatividad estadística pero sí para corregir el riesgo de posibles deformaciones etarias y de clase que no aparecieron en ningún momento.

Las características del ritual futbolístico hacen que su extensión fuera de los espacios rituales logre, en cierta medida, que las jerarquías sociales se suspendan, nunca que se borren. El sentimiento de *communitas* hace que en una discusión futbolística

¹. Ya el formalista ruso Sklovskij aseguró que las nuevas formas literarias combinan movimientos laterales con miradas retrospectivas. La más frecuente de esas influencia se daría entonces mediante estímulos de eras precedentes, conexión que indica que “en la historia del arte el legado se transmite no de padre a hijo sino de tío a sobrino” (1923: 27). Esta referencia metafórica se aplica, principalmente a los entrecruzamientos de géneros, y la particularidad de las distintos movimientos literarios de verse influenciadas en mayor medida no por su directo antecesor sino por series emparentadas. Así, la novela del siglo XX podría tomar más elementos del cuento del siglo XIX (su tío) que de la novela del XIX (su padre). En su novela *Respiración Artificial*, Ricardo Piglia le adjudica esta teoría de la evolución literaria a otro formalista ruso, Jurij Tynjanov.

informal, difícilmente las divisiones de clase o etnia, entren en juego. Los valores de ese ritual son otros: por ejemplo quien es más hombre, quien tiene más “aguante”² o incluso quien tiene la mayor capacidad de burlarse del otro. Este tipo de conversaciones habituales que se dan entre dos hinchas de equipos rivales que mantienen una relación cordial e informal se define por el intento de explotar los aspectos que se consideran más enorgullecidos de cada equipo y los más denigrantes del adversario.

HACIA UNA APLICACIÓN DE LA TEORÍA DEL PARENTESCO EN LOS ESTUDIOS SOCIALES DEL DEPORTE

Si se parte de la consideración de que el parentesco es el eje vertebrador de la sociedad, la matriz general de relaciones sociales, no conviene renunciar a encontrar su lugar dentro de una de las prácticas que más poderosos sentidos de pertenencia genera en la sociedad argentina: el fútbol. Si las ciencias sociales se han ocupado marginalmente del fútbol, esa situación se verifica hasta el extremo en cuanto a su vínculo con las relaciones de parentesco.

Una de las principales dificultades con las que se enfrenta un trabajo de este tipo se vincula con el intento de aplicar la teoría del parentesco a las sociedades occidentales

2. Los hinchas son los dueños del “aguante”. El “aguante” es un capital simbólico que se adquiere en cada partido. Cada demostración de bravura, fervor y de fidelidad será un punto a favor. Cada pelea ganada, también. La mitología del “aguante” apunta a la afirmación del propio cuerpo (la hinchada como tal) como soportador de cualquier eventualidad y el autopoicionamiento como “punto” en la disputa (el “aguante” tiene valor si se lleva las de perder). La facilidad y rapidez para correr del rival, como la tendencia a armarse de elementos contundentes (piedras, fierros), a recurrir a la policía (“sos amigo de la Federal”) y de lograr la concurrencia de aliados más fuertes, aparecen como motivos recurrentes en el “aguante”. El “aguante” es eminentemente defensivo, implica soportar lo que venga. Tener “aguante”, significa lo contrario al estigma: ser “gallina” o ser “amargo” aparecerá como un rasgo de connotaciones negativas en el ámbito del ritual deportivo. El ideal masculino necesita que el “aguante” sea realizado por uno mismo, sin ayuda de nadie.

contemporáneas, con el agregado de que lo que está en juego es la inclinación por la pasión deportiva. Por eso es importante recordar que:

“los términos de parentesco no son los nombres de conexiones genealógicas, aun cuando pueden estar asociados con dichas conexiones; son los nombres de categorías, en ocasiones grupos, de personas socialmente definidas. La tarea del antropólogo es, esencialmente, comprender las categorías sociales, en otros pueblos, no imponerles acríticamente sus propias categorías” (Beattie, 1972: 156-7)

Retornando a las cuestiones de parentesco, es importante definir con claridad de qué está hablando. En este sentido no puede dejarse de mencionar, aunque pueda sonar obvio, que:

“el estudio del parentesco es, pues, el estudio de las relaciones que unen a los hombres entre sí mediante lazos basados en la consanguineidad, en cuanto relación socialmente reconocida, y en la afinidad (la alianza matrimonial); tales relaciones encuentran una traducción en los *sistemas de designación mutua* (las terminologías de parentesco), en las *reglas de filiación* que determinan la cualidad de los individuos como miembros de un grupo y sus derechos y deberes en el interior de grupo, en las reglas de alianza que orientan positiva o negativamente la elección del cónyuge, en *reglas de residencia*, en las *reglas de transmisión* de elementos que constituyen la identidad de cada uno y, finalmente, en los *tipos de agrupamientos sociales* en los que los individuos están afiliados” (Enciclopedia Einaudi, 1991: 28)

Los estudios sobre parentesco conllevan una complejidad importante, especialmente por su elevado grado de formalización y esquematización poco comunes en la antropología, y mucho menos en los estudios sociales del deporte. En este caso, el enfoque propuesto está centralizado en lo que Radcliffe Brown³ llama relaciones de segundo orden, es decir, a una tensión establecida entre las relaciones de primer orden (la familia nuclear⁴) y de

³. Según Radcliffe-Brown (1952), existen tres tipos de relaciones sociales especiales en el parentesco. De primer orden son los vínculos mantenidos dentro de la familia elemental. Al segundo orden corresponden aquellas conexiones entre familias elementales mediante un miembro común. Y al tercer orden corresponden los lazos en los que ya no existe esa ligazón de un miembro común, tales como el primo (hijo del hermano del padre) o los tíos políticos (por ejemplo, la esposa del hermano de la madre).

⁴. La mención del término familia, en las sociedades postradicionales, implica una categoría bastante más amplia que la de familia nuclear. Cuando se hace referencia a la familia, no se está hablando de ella sino de la parentela. Y las parentelas, en este tipo de sociedades, casi nunca tienen coresidencia y tampoco mantienen lazos corporativos de tierras y personas.

segundo orden, mediante el ingreso “perturbador” de un miembro común: el hermano de la hermana.

El estudio del parentesco ha presentado enfoques contrapuestos, por parte de la antropología británica y la francesa, en cuanto a los aspectos que privilegian y a la manera de referirse a las relaciones que configuran la institución familiar. La antropología británica, según Dumont (1975) –y en esto tiene su incidencia el idioma inglés⁵- lleva a la preeminencia de las relaciones de consanguinidad y a una desvalorización de la afinidad, de ahí que el yerno y la nuera sean considerados hijos políticos. Es así que, a partir de Radcliffe Brown, la investigación inglesa le asignó especial atención a la descendencia y a los grupos que se vinculan con ella, con lo que las relaciones de afinidad pasaron a un segundo plano. Así, “la descendencia se convierte, de alguna forma, en la esencia del parentesco y en las otras relaciones de los atributos de dicha esencia” (Dumont, 1975: 19). La descendencia se vincula con la transmisión de derechos y obligaciones, y a la organización de esos derechos entre distintas generaciones, lo cual es una forma de regularlos. Uno de los principales derechos tiene que ver con la conservación del patrimonio, ya que uno de los problemas fundamentales es la sucesión, es decir, la determinación de los derechos sobre las personas y los bienes. Y esta transmisión debe tomar una forma funcionalmente coherente.

Los primeros trabajos en la antropología británica entendieron al sistema de parentesco como las regularidades asociadas a la acción de aquellas personas que guardan algún vínculo parental, lo que conlleva un sistema de comportamientos que debe ser formalizado por el antropólogo. Para Radcliffe-Brown las relaciones del parentesco implican un sistema, es decir, una relación de interdependencia compleja guiadas por

⁵. En inglés, “kinship”, que suele traducirse como “parentesco”, significa en realidad “consanguinidad”. Por eso es que junto a “kinship” suele aparecer el término “affinity” para referirse a los que comúnmente se entiende por relaciones de parentesco.

principios estructurales. Estas relaciones, consideradas diádicas –persona y comunidad-, son objeto de una regulación por los usos sociales que les corresponden. Es importante mencionar que esta concepción encuadra dentro de una posición funcionalista que entiende a las diferentes partes del sistema social en un grado de consistencia interna, esto es, libre de conflictos que no puedan ser manejados de manera conveniente. Además, para Radcliffe-Brown el principal objetivo era la formulación de leyes, que permitieran explicaciones generales y exactas –y sincrónicas- similares a las logradas en las ciencias naturales.

En este sentido, Radcliffe-Brown (1952) pretendió explicar la relación entre el tío materno y el sobrino entre los bathonga de Mozambique. Esta es una relación jocosa asimétrica, caracterizada por las libertades que el chico se tomaba con las mujeres y todo aquello que le perteneciera al tío materno. En ausencia del tío, el niño podía romper cualquier límite de respeto –incluso con su mujer- sin que ello lo hiciera pasible de algún castigo posterior. Libertades que incluso aparecían en el funeral, día en el que le estaba permitido robar las ofrendas sepulcrales, mientras que con el tío materno –en contraste- debía mostrar un elevado grado de respeto. Los bathonga estudiados por Radcliffe-Brown son una sociedad patrilineal que tiende a extender las conductas y actitudes hacia los miembros del patrilineaje de la madre de ego y también a los miembros del patrilineaje del padre de ego. Si la madre es indulgente, sus hermanos lo serán de la misma manera. Y el principio estructural se cumple con el padre. Si es la figura de autoridad, sus hermanos también lo serán. Aunque el grado de familiaridad más alto se da entre personas del mismo sexo, esta relación jocosa no haría sino contribuir al mantenimiento de la sociedad patrilineal, ya que por ejemplo una de las relaciones que mayor respeto exige es la mantenida entre el padre de ego y la mujer del tío materno de ego. Inversamente, en las sociedades matrilineales, las relaciones se invierten, siguiendo el mismo principio

estructural. En los regímenes en los que el padre y su línea de descendencia componen la autoridad, el tío materno será una “madre masculina”, mientras que en los regímenes matrilineales la situación se invierte, recayendo las relaciones afectuosas y jocosas sobre el padre y la línea del padre. Por lo tanto, en Radcliffe-Brown es la filiación la que determinará el sentido de las oposiciones de estos vínculos. Entonces, los privilegios de este sobrino uterino con su tío y los demás parientes del lado materno, se deriva de la relación que existe entre la madre y su hijo, dentro de una descendencia patrilineal, debido a que, para Radcliffe-Brown, las actitudes constituyen un sistema que pueden estudiarse y comprenderse en relación a ese sistema. Esta explicación fue criticada por Lévi-Strauss, para quien “la relación avuncular no es entre dos, sino entre cuatro términos: supone un hermano, una hermana, un cuñado y un sobrino. Una interpretación como la de Radcliffe-Brown aísla arbitrariamente ciertos elementos de un estructura global, que debe ser tratada como tal” (Lévi-Strauss, 1968: 40).

FÚTBOL, PARENTESCO E IDENTIDADES MASCULINAS

Las relaciones de parentesco que se analizan en este trabajo se refieren más a una tensión entre la afinidad y la consanguineidad. Si bien se le da importancia a la descendencia, lo que importa aquí es la acción “perturbadora” del tío materno, no en la transmisión del patrimonio sino de la pasión futbolística. Más allá de las cuestiones formales del parentesco, se intentará dar una explicación que trascienda lo futbolístico y que remita a las relaciones entre los géneros en lo que se podría denominar cultura rioplatense de la Argentina, por no hablar de una cultura o una identidad nacional. Por eso:

“decir, por otra parte, que una relación es de parentesco es no decir nada sobre su contenido. Para el antropólogo social, el punto fundamental sobre las relaciones de

parentesco es que deben ser algo distinto, por ejemplo, relaciones políticas, jurídicas, económicas o rituales. El parentesco es el idioma utilizado en algunas sociedades para hablar y pensar sobre ciertos tipos de relaciones económicas, políticas, jurídicas, etc. No es una categoría más de las relaciones sociales que pueda parangonarse con las relaciones económicas, con las relaciones políticas, etc.” (Beattie, 1972: 158-9).

Paradójicamente, si bien el sentido común mediático suele ser un impedimento para la legitimación de un conocimiento sobre el fútbol desde las ciencias sociales, ha sido quien más ha focalizado sobre la importancia de las redes de parentesco en el fútbol, tanto a nivel dirigenal⁶ como en cuanto a aspectos más cercanos a investigaciones de este tipo. Recientemente, la relevancia de ciertos clanes familiares en el control de algunas de las hinchadas⁷ más famosas del fútbol argentino, también tuvo su efímera presencia mediática⁸. La publicidad y el humor –gráfico o de historieta⁹- constituyen

⁶. Seguramente la familia más famosa del fútbol argentino está marcada por el apellido Grondona. Julio preside la Asociación del Fútbol Argentino (AFA) desde 1979, lapso en el cual cobraron cierta notoriedad su hermano Héctor (ex presidente de Independiente y de Arsenal de Sarandí), su hijo Humberto (director técnico, estuvo a cargo de Independiente, Racing y Godoy Cruz de Mendoza) y su sobrino Gustavo (jugador de Independiente, Huracán, Deportivo Español y actualmente en Perú).

⁷. No se utiliza el término *barra brava* porque es una categoría impuesta desde fuera del ritual futbolístico. Los calificativos que estos sectores reciben por parte del sentido común periodístico son variados y distintas carga subjetiva. Si bien el término barra brava parece objetivado por su uso cotidiano lleva explícitamente una valoración muy fuerte a este tipo de asistente. Además de esta identificación, algunos periodistas pueden llamarlos desde “fanáticos” –con la carga jocosa que ello puede sobrellevar- hasta bestias o animales, en una visión satanizadora de estos grupos de las hinchadas argentinas. Las estigmatizaciones de estas características constituyen una constante en los países de mayor tradición futbolística con problemas similares al argentino, de manera especial las adjetivaciones que reciben los *hooligans* ingleses y los *ultrà* italianos, grupos análogos –aunque no iguales- a los barrabravas argentinos. Esta también es una categoría impuesta por una estructura ajena al ritual futbolístico. Al respecto, Amílcar Romero, que ha investigado minuciosamente los casos de muerte en los estadios de fútbol y el accionar de los barrabravas, sostiene que “en Argentina ya está detectadas, en forma documentada, la existencia de *barras fuertes* desde 1958. A comienzos de abril de 1967 la expresión barras bravas, a través de los dichos de un testigo directo de un asesinato en una cancha, es incorporada oficialmente a la jerga jurídica por constancia en autos y caracterizada como *grupos que concurren a las canchas con el único objeto de promover desórdenes y provocar daño en las personas y en las cosas*” (Romero, 1994: 68-9). Los *barras bravas*, simplemente son *la hinchada* –según se denominan ellos mismos-, o *los muchachos*, para los dirigentes de los clubes que los sostienen. La importancia de reconocer la perspectiva del actor y no aplicar criterios socio y etnocéntricos que lo lleven a trabajar con categorías que no son significativas para los propios actores.

⁸. Durante el mes de mayo, luego de la huelga de jugadores como protesta a la violencia del fútbol tras la golpiza que recibieron los jugadores de Comunicaciones de parte de la hinchada de Excursionistas, los medios ofrecieron una amplia cobertura mediática sobre la organización de las hinchadas argentinas. Uno de esos ejemplos, son “Los Rulos”, dos hermanos que fueron identificados como los jefes principales de “La guardia imperial”, una de los grupos mayoritarios que componen la hinchada de Racing, junto con los “Racing Stones”. Los hermanos Fernando y Rafael Di Zeo son famosos en “la doce”, la famosa hinchada de Boca, que desde hace años se encuentra fragmentada en disputas para obtener el liderazgo que en algún momento tuvo el recientemente liberado –y célebre en el campo futbolístico- “Abuelo” José Barrita.

otros dos géneros en los cuales las relaciones de parentesco cobran cierta relevancia. Sobre esto último, es sugestiva la propaganda de yerba mate *Taragüí*, que muestra a un padre soñando el crecimiento, hasta la adolescencia, de su hijo recién nacido. En ese sueño se plantean oposiciones generacionales como el rock y el tango y hasta la desilusión onírica de adhesión del joven a otro club, en este caso el rival (la oposición River y Boca). El sueño cierra con la imagen del padre e hijo compartiendo un mate con yerba *Taragüí* con un lema que consagra a esta marca como la única pasión de los argentinos.

El ritual futbolístico escenifica de forma dramática una serie de valores fundamentales en la cultura argentina, desde sentidos trascendentales relacionados con lo moral¹⁰, la nación y hasta las confrontaciones más terrenales, tales como sentirse superior

⁹. El humorista rosarino Roberto Fontanarrosa ha tomado al fútbol como uno de los temas articuladores de muchas de sus historias, tanto en sus libros de cuentos como sus historietas. Fontanarrosa ha trabajado sobre las principales problemáticas sociales planteadas en torno al fútbol, desde los partidos callejeros, el culto a los ídolos, las redes sociales formadas a su alrededor e, inclusive, la violencia. Por ejemplo, en el *Pequeño Diccionario Ilustrado El Fútbol Argentino*, Fontanarrosa y Sanz definen de forma paródica al inadaptado como un “espectador violento y agresivo, en medio de otros cincuenta mil pacíficos y tranquilos” (1994: 73). Fontanarrosa (1997) incluso publicó una novela cuya trama se desarrolla en torno a la formación de un equipo de fútbol por parte de una empresa multinacional para disputar un encuentro ante una nueva nación africana que había conseguido la independencia a través de un partido de fútbol. Dentro de todos los estereotipos nacionales tratados en clave paródica por el autor, *El Área 18*, muestra un argentino, Garfagnoli, que fue llevado por engaño a integrar ese equipo con la promesa de transformarlo en un semental reproductor de futuros jugadores de fútbol en los Estados Unidos.

¹⁰. Eduardo Archetti se ha ocupado con respecto al fútbol -además de la construcción de las virtudes vinculadas a la masculinidad, el apego a las tradiciones como proyección de una continuidad histórica atada a las raíces y la significación de los estilos de juego- a las valorizaciones morales, es decir, lo que se juzga como correcto o incorrecto (Archetti, 1999). La moralidad aparece en sus trabajos articulada en los distintos discursos analizados y se refiere a todo lo bien o mal que construimos una narrativa que solucione nuestros problemas de vivir una vida repleta de sentido y significación. Es decir, cómo narramos y le damos forma a nuestras vidas y cómo discutimos esas narrativas. Y si los discursos morales de los actores sociales “crean una escena en la cual están disponibles símbolos y narrativas históricas, nuevas experiencias relacionadas con situaciones dadas, imágenes y resultados deportivos, nuevas preguntas, respuestas a esas preguntas y juicios acerca de la corrección de todas esas respuestas mezcladas entre ellas” (ídem: 125) vemos que esas moralidades, en el caso del fútbol, se muestran contradictorias, tanto en el pasado como en el presente, ya que “la relación entre los valores morales y la práctica es dinámica. Los valores están cambiando continuamente y adaptándose a través de las prácticas y elecciones actuales, mientras, al mismo tiempo, continúan para informar y darle forma a las elecciones y las prácticas” (Howell, 1997: 4). Además, las distintas arenas sociales no pueden dar cuenta de las totalidades, porque cada espacio tiene sus reglas, por lo que conviene estudiar prácticas concretas, para detectar sus especificidades, los distintos microcosmos sociales (Archetti, 1997, 1999).

al otro, por ejemplo –como ya se ha mencionado- en su masculinidad¹¹. En este caso, lo que interesa para esta investigación está vinculado con la sensación de sentirse más que el otro. Este sentirse superior al rival –en concreto a quien es hincha de otro club-, se cristaliza en dos variables que no parecen estar directamente relacionadas pero que sí ofrecen un vínculo difícil de negar: los resultados y la cantidad de hinchas. La afirmación anterior obedece a la creencia del hincha en su propia capacidad para incidir en el resultado, como sostén último, genuino y verdadero de esa identidad que los demás –incluidos los jugadores¹²- no son legítimos referentes sino oportunistas que por moda (los hinchas que no son verdaderos, que apoyan cuando se gana) o por dinero (dirigentes, jugadores mercenarios) están circunstancialmente del mismo lado y que además no tienen “aguante”.

¹¹. Dentro del ritual deportivo existe una lucha permanente por demostrar quién es más macho, por no dejar duda de que no se es homosexual, ni una mujer ni un niño. Esta condición de macho debe sustentarse en cada encuentro, en el mismo partido o fuera de la cancha y puede adquirir dimensiones diferentes. Esta autoafirmación de la hombría se articula tanto sobre la desmasculinización simbólica del rival (jugadores y público) y la exageración de los atributos sexuales propios (jugadores e hinchada), ya sean físicos (órganos sexuales) o de personalidad (actitudes propias de lo masculino). El análisis de los cantos de las hinchadas muestra con claridad que “el insulto tomando como eje la identidad sexual es la manera de definir un campo simbólico y un campo de prácticas en donde se juega también un drama de honor” (Archetti, 1984: 11). El acto sexual se afirma sobre la sumisión violenta del otro, como un acto de poder. La penetración en este caso será violenta y degradante para quien la recibe. Pero esta desmasculinización simbólica rival no tiene que ver exclusivamente con la sumisión de un otro que no es un hombre (mujer u homosexual). La adjudicación al otro de ser niño también constituye un motivo esencial, porque “supone la pérdida de su autonomía y el hecho de no poder comportarse como verdaderos hombres, ya que los niños son los que toman la leche en mamadera, tienen un carrito y cuando se lo quitan en vez de luchar para recuperarlo, se ponen a llorar tristemente” (ídem: 25). La premisa suele ser, más allá de que las estadísticas lo sustenten, que “no sean maleducados/saluden a papá”. En esta autoafirmación de la masculinidad entra en escena la creencia de que el otro (cualquiera sea) no posee los atributos necesarios para ser lo suficientemente hombre. Por lo tanto, los hinchas en el nivel simbólico (aunque también en el imaginario) se encargan de instituirse con ese atributo positivo porque:

“la institución de una identidad, que puede ser un título de nobleza o un estigma (...) es la imposición de un nombre, por ejemplo, de una esencia social. Instituir, asignar una esencia, una competencia, es imponer un derecho de ser que es una obligación de serlo (o serlo más). Esto es *significar* a alguien que es y cómo debería conducirse a sí mismo en consecuencia. En este caso, el indicativo es un imperativo. El código de honor es solamente una forma desarrollada de la expresión que dice de un hombre: él es un hombre de hombres. Instituir, dar una definición social, una identidad, es también imponer *límites*” (Bourdieu, 1991: 120).

¹². Más allá de que el apoyo a los jugadores pueda prometerse incondicional, para el hincha existe un sentimiento algo paradójico de admiración y respeto pero también de desprecio a alguien que no es verdaderamente del club. “Los técnicos se irán/los jugadores pasarán/la doce quedará/y nunca te va a abandonar”, canta la hinchada de Aldosivi cuando el equipo no responde. El fútbol contemporáneo, con jugadores que difícilmente permanezcan más de dos años en un mismo club, ha transformado notoriamente el significado de los deportistas como referentes de identidad primordiales de los colores que sostienen.

Para el hincha de fútbol, este sentido de superioridad no sólo pasa por los resultados, sino que también apunta al predominio numérico de esa identidad por encima de los otros. Boca se siente “la mitad más uno”, a lo que los rivales contestan “de Bolivia y Paraguay”. Esta idea de que “juntos somos más”, hace que los hinchas sientan la necesidad de reproducir la pasión en el contexto de referencia y la familia es la institución social propicia para hacerlo. Los niños en la Argentina, como sujetos no iniciados en la pasión futbolística, suelen ser sometidos a un mecanismo de presión -en ocasiones contradictorios- para adoptar la identidad de un equipo. El mayor grado de contradictoriedad se da cuando el padre y el hermano de su esposa –especialmente cuando este es soltero y sin hijos- adhieren a distintos clubes.

La presencia del tío materno es de alguna manera la presencia indirecta del clan materno. El padre pretende reservarse para sí mismo un derecho de transmisión generacional, que es disputado por su cuñado. Algunos padres intentan asegurarse la identidad del niño comprándoles los referentes metonímicos de esa pasión: camisetas, gorritos, remeras, pantalones, difundiendo canciones alusivas de sus equipos e, inclusive, haciéndolos socios del club a los pocos días de nacido. Llevar al pequeño a la cancha constituye el ritual de institución por excelencia, aunque esto se hace más difícil en una ciudad como Mar del Plata, sin equipos de primera división. Sólo los certámenes amistosos veraniegos que disputan los equipos más importantes del país ofrecen esa posibilidad en una ciudad cuya identidad deportiva no se define en el fútbol, más allá de algún intento aislado de “inventar” un referente identitario local de peso.

Obviamente, las presiones contradictorias, no se agotan en el potencial enfrentamiento padre-tío materno, sino que se extienden a otros familiares, como los abuelos, pero especialmente los hermanos mayores. Alfredo, de 18 años, asegura que la

influencia más grande fue su hermano mayor, que le lleva siete años aunque la adopción de la identidad futbolística de su hermano es considerada obra de su tío:

“uno cuando es chico sigue bastante a los hermanos mayores. Pero ese hermano mío se hizo de Boca por el hermano de mi mamá. Con mi hermano menor, en cambio, mi tío no fue tan insistente y fue más fácil para mi papá hacerlo de River”

Tampoco es aconsejable olvidar otra clase de presiones, como la socialización barrial –el grupo de amigos o el mejor amigo- y en un altísimo grado, el éxito de los equipos en el momento en que el niño define su identidad futbolística. Laura, estudiante de polimodal de 16 años, cuenta que su hermano menor se hizo de Independiente por un amigo el año que salió campeón, en 1994, para desilusión de su padre y de su tío materno. Esta joven cree que su hermano:

“por ahí, inconscientemente no se quiso hacer de ninguno de los cuadros de ellos para no generar más problemas porque mi papá se enoja por lo que hace mi tío. Nunca se pelearon mal pero los choques a veces son muy fuertes. Ahora, de alguna manera, mi papá lo castiga a mi hermano, porque a mí me lleva a la cancha en los torneos de verano y mi hermano se queda solo en casa”

Las situaciones familiares problemáticas son moneda corriente en esta disputa por la identidad futbolística del niño. Graciela, ama de casa de 39 años, y madre de dos hijos de distinto club por esta oposición padre-tío materno, relativiza la cuestión en su familia porque:

“no somos muy futboleros. El más chico, que es medio peleador, a veces lo carga al mayor, que le lleva siete años. Pero a ellos mucho no les interesa el fútbol, es muy difícil verlos frente al televisor mirando un partido”

Sin embargo, Graciela reconoce que ella no vive una situación típica en cuanto a relación de su familia con el fútbol. Distinto es el caso de una familia amiga en el que existen choques, en ocasiones, muy serios:

“Con Mingo y Andrea y su hijo, las cosas se ponen muy feas a veces. El chico todavía no sabe bien qué contestar cuando le preguntan de qué cuadro es, porque prefiere a Boca, que es el club del padre, pero a veces se le escapa que también es

de River. Pero en esa pelea están todo metidos, ella, el abuelo, pero muy especialmente el tío. Y Mingo se agarra unas broncas bárbaras”

Todas estas cuestiones que se vienen marcando suelen pasar por alto del imaginario de los involucrados en este ritual deportivo. El hincha argentino es esencialista, la identidad se lleva en la sangre y se corresponde con un modo de ser y se espera que naturalmente el hijo adopte el club del padre, lo que genera tensiones en el ámbito familiar. Arturo, 17 años, un estudiante de polimodal de un colegio bilingüe para sectores altos recursos, cuenta cómo

“Yo ya tengo problemas con mi cuñado, aunque lo del fútbol lo puedo dejar pasar. Pero en el rugby no, no puede jugar en Universitario. Ya lo del rugby es distinto. Así que ahora mi sobrino tiene dos camisetas de rugby –de Universitario y de Sporting- y dos de fútbol –Gimnasia y River-“.

Más allá de la distorsión de clase, el mecanismo es el mismo. La sustitución parcial del rugby sobre el fútbol apenas indica una diferencia de matiz que sirve para comenzar a entender que, en última instancia, no se trata apenas de una transmisión de la identidad futbolística sino de otros valores en los cuales el fútbol –y en el caso de Arturo el rugby en mayor grado que el fútbol- constituye un lugar en el cual es posible encontrar –como ya se marcó con Beattie más arriba- algunas de las características de las relaciones sociales de las que somos parte.

Pero vamos a intentar esclarecer los mecanismos de funcionamiento de la transmisión de las identidades deportivas. Oscar, ahora ya casado y con una hija de dos años, confiesa que con su cuñado Osvaldo tuvo una lucha bastante importante por hacer del propio club a Lucas, su primer sobrino de su hermana mayor. Este arquitecto de 32 años, proveniente de una típica familia de clase media de padres no profesionales confiesa que “con Lucas no pude. El padre estuvo atento y lo hizo de Independiente y ni siquiera como padrino pude hacer algo, a pesar de que me cansé de regalarle cosas de

River durante su niñez” aunque reconoce que por temor nunca lo llevó a la cancha. Años más tarde, Mariano tuvo su revancha con Tomás:

”con el segundo hijo de mi hermana Rosana todo fue más fácil porque a su segundo marido y padre del segundo hijo, no le importa el fútbol así que lo hice de River enseguida. Y ahora el pibe ya es de River y se aprovecha del hermano mayor que es de Independiente, que en estos últimos años no ganó nada”.

Jorge, de 22 años y estudiante de locución, se encuentra en una posición similar a la de Mariano hace más de diez años. Por eso es que promete que:

“mi próximo sobrino no se me escapa. Los tres anteriores mi cuñado los hizo de Boca pero con el que viene en camino no me va a poder ganar de mano: va a ser de River cueste lo que cueste”

FÚTBOL, TÍO MATERNO Y ESTRUCTURALISMO

La línea argumentativa que se viene sustentando, nos llevan a coincidir parcialmente con la tesis de Lévi-Strauss del intercambio de mujeres. El célebre antropólogo francés entiende que el matrimonio es un intercambio, que conlleva una relación de solidaridad que implica una donación y una contradonación, es decir, “un matrimonio con los matrimonios restantes” (Lévi-Strauss, 1991: 560). En este sentido:

“la exogamia es el único medio que permite mantener el grupo como grupo, evitar el fraccionamiento y el aprisionamiento indefinido que acarrearía la práctica de los matrimonios consanguíneos: si se recurriera a ellos con persistencia, o aunque sólo fuera de modo demasiado frecuente, estos matrimonios no tardarían en hacer «estallar» el grupo social en una multitud de familias, que formarían otros tantos sistemas cerrados, mónadas sin puertas ni ventanas, y cuya proliferación y antagonismo no podría evitar ninguna armonía preestablecida” (ídem: 556).

Dentro de esta concepción “la prohibición del incesto es menos una regla que prohíbe casarse con la madre, la hermana o la hija, que una regla que obliga a entregar a la madre, la hermana o la hija de otra persona. Es la regla de la donación por excelencia,

y es precisamente ese aspecto, a menudo demasiado ignorado, el que permite comprender su carácter: todos los errores de interpretación de la prohibición del incesto provienen de una tendencia a ver en el matrimonio un proceso discontinuo, que extrae de sí mismo, en cada caso individual, sus propios límites y posibilidades” (ibídem: 558). La problemática del parentesco que se ha planteado contempla lo que Lévi-Strauss, caracterizó como el átomo de parentesco, o como se conoce más específicamente la estructura elemental del parentesco. En este caso, la transmisión de la pasión tiene características intrínsecamente patrilineales pero sufre contradicciones matrilineales.

En una cultura machista como la argentina el sentimiento hacia la hermana y su vida sexual es bastante particular. Todavía para muchos varones, parte de su honra se juega en la virginidad de la hermana. A los que se comportan de esa manera, sean padres o hermanos, se los denomina “cuidas” y son receptáculo de bromas cuando la joven en cuestión mantiene alguna relación con un hombre. “Entregá a tu hermana” le suelen decir al hombre con una hermana atractiva para sus amigos. Muchos, inclusive, son los que suelen perder la clama ante esa situación. En este contexto, el casamiento de la hermana se vive en cierta manera como una entrega simbólica que define roles tipificados dentro de la estructura familiar. Arturo está seguro de que:

“el tío, pero el hermano de la hermana, es «el banana» y eso los chicos lo perciben. Con el padre es otra cosa, hay una relación de más autoridad. Yo, con mi sobrino no voy a ser de la misma manera que cuando sea padre. Yo me veo siendo cómplice, cubriéndolo cuando se manda alguna macana”.

Lo que dice Arturo es elocuente de la posición estructural que tiende a ocupar el hermano de la madre con el niño. Es decir, una figura de complicidad que encarna “la viveza criolla”, representada en el “banana”¹³, un tipo social bastante conocido, que no es otra cosa que el “piola”, alguien “ingenioso, sutil” (Gobello, 1994:204).

¹³. Una definición de este término podría ser “astuto, pícaro, taimado” (Gobello, 1994: 29).

CONCLUSIONES

Green (1981) afirma, introduciendo algunos elementos psicoanalíticos, que el tío materno cumple un rol equilibrador que atrae hacia él actitudes afectivas que impiden la saturación entre padres e hijos. En el caso que se ha desarrollado, está claro que no se plantea una ley aplicable indistintamente a las sociedades rioplatenses. Son todos matices, roles esperados de los miembros del grupo familiar, como tendencias de comportamiento en la estructura familiar y la transmisión de algo que es más importante que la pasión futbolística. Tampoco se está hablado de un avunculado referido a las identidades futbolísticas, sino de roles estructurales del tío materno.

Esta intromisión avuncular en la transmisión de la identidad futbolística del padre al hijo, percibido por los propios actores como una cuestión de sangre (“Boca es como el SIDA, se lleva en la sangre”, reza un graffiti muy conocido por todo el país) puede ser situada en un contexto mucho más amplio que el deportivo. Más arriba se ha arriesgado que la esfera de acciones reservadas al tío materno constituye, de alguna manera, un intento de recuperar al hijo de la hermana para su propio clan en unos de los espacios en donde se juega la masculinidad en la Argentina. Frente a la entrega simbólica de la hermana, al tío le están reservadas acciones vinculadas con la complicidad masculina del niño que se está formando y a cuyo clan es necesario atraer.

Pero estos efectos “perturbadores” del tío materno se atenúan claramente cuando forma su propia familia nuclear. Como figura de autoridad, ocupado quizás en la intromisión de un tío materno que le disputa simbólicamente la pertenencia clánica de su hijo, tiende a abandonar parcialmente su intromisión avuncular para resguardar la identidad de su propio hijo. Roberto, de 16 años, para quien la problemática que se ha

planteado no tenía ningún sentido, confirma lo que se viene diciendo cuando una mirada superficial podría amenazar la conjetura planteada a comienzos de este trabajo:

“mi tío siempre estuvo en otra cosa, nunca se ocupó demasiado de sus sobrinos. Podría decir que apenas mis primos –los hijos de ese tío- intentaron hacerme de Boca- quisieron influenciar un poco ya que tiene unos cuantos años más que yo”.

Los trabajos de Eduardo Archetti, pueden servir para apoyar parcialmente todo lo anterior, ya que concibe al fútbol como un ritual que incluye cuatro elementos centrales: una práctica que involucra a distintos agentes dentro de un proceso de autodefinition, un registro de fijación de “eventos cruciales” (especialmente victorias), una reconfiguración constante de la historia basada en criterios dados por nuestro presente y “la producción de una narrativa que es una mezcla de historia ‘real’, pseudohistorias y mitologías” (1996). Este tipo de rituales, entonces, facilitarían “no sólo una participación masculina privilegiada sino también, a través de la competición, una confluencia entre la actividad masculina y la representación nacional” (ídem). Como rito de institución, el fútbol, y muchos otros deportes-espectáculo, actúan como rituales que impone límites, que fijan fronteras entre quienes pertenecen y quienes no pertenecen, especialmente las mujeres.

En este caso, se ha visto cómo el fútbol escenifica tensiones y relaciones de reciprocidad que se establecen en nuestras sociedades contemporáneas. Esta recuperación del chico a la línea materna a través de la identidad futbolística permite no sólo disputar la identidad de ese chico en estas sociedades cognáticas con sesgos marcadamente patrilineales, sino que apunta a establecer relaciones de reciprocidad por el lado materno. El tío, cuando logra inculcar la propia identidad futbolística, establece con su sobrino un lazo sólido, que se puede seguir incrementando en el futuro. Podrá seguir comprándole la camiseta o llevándolo a la cancha, renovando ese pacto permanentemente, o quedarse satisfecho con la labor cumplida. El hijo de la hermana es, entonces, el símbolo de esa recuperación al clan materno ejercida por el tío. En ese proceso plagado de negociaciones

y tensiones se juegan verdaderos dramas de honor que superan la propia práctica de un deporte. Podrá ser el fútbol, el rugby, incluso el básquet o alguna práctica que pueda no tener que ver con el deporte. El fútbol, en este caso, como ritual de institución masculino, marca la pertenencia de ese chico a un universo que los dos clanes se disputan. Es decir, expresa el conflicto entre quien quiere cerrar una relación de reciprocidad nacida a partir de la “entrega” de la hermana –el tío materno como representante de su clan- y quien se niega a hacer efectivo el intercambio -el padre-. Por eso, este trabajo es un intento de probar cómo los rituales deportivos ponen en escena realidades sumamente particulares y crean esas mismas realidades con sus propias reglas de funcionamiento, con narrativas contradictorias y, sobretodo, con actores claramente delimitados. Apelando a problemáticas clásicas de la antropología social se ha pretendido generar una comprensión de la manera en que se forman las identidades futbolísticas, proponiendo un marco explicativo que contenga a este juego de reflexiones, referencias teóricas e informantes.

BIBLIOGRAFÍA

Archetti, Eduardo

1996 "In Search of national Identity: Argentinian Football and Europe". En J. A. Mangan (ed.), *Tribal identities. Nationalism, Europe, Sport*. London. Frank Cass.

Archetti, Eduardo

1997 "The moralities of Argentinian football". En Signe Howell (ed.), *The Ethnography of Moralities*. London. Routledge.

Archetti, Eduardo

1999 Masculinities. Football, Polo and the Tango in Argentina. Oxford-New York. Berg.

Beattie, J. H. M.

1975 “Parentesco y antropología social”. En Louis Dumont, Introducción a dos teorías de la antropología social. Barcelona. Anagrama.

Bourdieu, Pierre

1991 Language & Symbolic Power. Cambridge. Harvard University Press.

Dumont, Louis

1975 Introducción a dos teorías de la antropología social. Barcelona. Anagrama.

Enciclopedia Einaudi

1991 Parentesco. Sao Paolo. Imprensa Nacional.

Fontanarrosa, Roberto

1997 El Área 18. Buenos Aires. Ediciones de la Flor.

Fontanarrosa, Roberto y Sanz, Tomás

1994 Pequeño Diccionario Ilustrado. El fútbol Argentino. Buenos Aires. Aguilar.

Giddens, Anthony

1995 “A vida em uma sociedade pós-tradicional”. En Ulrich Beck y otros, Modernización reflexiva. Política tradição e estética no orden social. Sao Paolo. UNESP.

Gobello, Juan José

1994 Nuevo diccionario lunfardo. Buenos Aires. Corregidor.

Green, Andre

1981 “Átomo de parentesco y relaciones edípicas”. En Claude Lévi-Strauss (ed.), La identidad. Barcelona. Ediciones Petrel.

Lévi-Strauss, Claude

1968 Antropología estructural. Buenos Aires. Eudeba..

Lévi-Strauss, Claude

1991 La estructuras elementales del parentesco. Barcelona. Paidós.

Howell, Signe

1997 “Introduction”. En Signe Howell (ed.), The Ethnography of Moralities. London. Routledge.

Radcliffe-Brown, A. R.

1952 Structure and Function in Primitive Society. Londres. Routledge.

Romero, Amílcar

1994 Los barras bravas y la «contrasociedad deportiva». Buenos Aires. CEAL.

Sklovskij, Víctor

1923 Literatura i kinematograf, Berlin. Citado en Victor Erlich, El formalismo ruso.
Barcelona. Seix Barral. 1974.
